

CRONICA INTERNACIONAL

PODRÍAMOS repetir con Shakespeare: «Muchos negocios simultáneos, pero ninguno satisfactorio.» En efecto, el mundo sigue erizado de asambleas, conferencias, visitas, declaraciones, convenios, promesas... y complicaciones. Porque también sigue existiendo el antagonismo entre los dos bloques que capitanean los Estados Unidos y la U. R. S. S., sin excluir dentro del primero varias tentativas más o menos consumadas de escisión; una inquietante desviación económica —aparentemente debida sólo a la carrera de armamentos— que acentúa el desnivel entre los Estados Unidos, la Europa occidental y los demás países, y tres guerras que dudamos mucho de calificar como «conflictos coloniales»: las de Corea, Indochina y Malaya. Más otra serie de incidencias bélicas, pero más reducidas, en Birmania, Filipinas, Egipto y Túnez. La «guerra colonial» clásica, la que conocían nuestros mayores, eran entre un país euroamericano, ocupante, y un pueblo —o una fracción de un pueblo— mal armado y oficialmente desasistido exteriormente, aunque a los «rebeldes» o «insurrectos» no les faltasen alijos ni estímulos en algunos casos. Pero en la guerra de Corea nos encontramos con que pelean dos Repúblicas independientes erigidas en el suelo del antiguo Imperio y ex colonia nipona. La una reconocida por Occidente y asistida (?) por las Naciones Unidas. La otra reconocida por Oriente y asistida (!) por «voluntarios chinos». Tras de unas bajas de ocho millones de personas —en un total de veinticuatro millones de habitantes— las dos Coreas han pasado a ser el elemento pasivo y el pretexto para un tanteo de fuerzas y de armas entre los amigos de uno y otro bando. Tanteo desigual por la inviolabilidad del «santuario rojo» de Manchuria y por otras circunstancias desfavorables al Occidente. En las negociaciones para sacar de su punto muerto el agotador conflicto —últimamente en Pan-Mun-Yon— jugaron todos los objetivos y argumentos, menos el más importante: el cumplimiento de aquellas solemnes promesas formula-

das en El Cairo por los «señores de la guerra» —Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai-Shek— que en Teherán aceptó Stalin: «restaurar la perdida independencia del pueblo coreano», asistiéndole en sus primeros pasos de aprendizaje democrático a marchar solo por el mundo. Es decir, que en 1910 la anexión nipona no provocó conflicto alguno, y en 1945 la liberación provocó la división del país, y cinco años después, la guerra. La experiencia ha sido sorprendente.

* * *

Otro tanto diríamos del conflicto indochino. La verdad —se la disimule como se quiera— es que los franceses han venido estando en una actitud defensiva encaminada a conservar su posición: a) Francamente hegemónica en Camboya y Laos, cuyos soberanos Norodon Sivahuk y Sissavong Vaneg expusieron no obstante sus inquietudes al Ministro francés para los Estados asociados, Letourneau, durante su visita a comienzos de 1952; cuando la casa del vecino Bao-Dai ardía, los colindantes suyos no estaban muy seguros; b) De ventaja en la antigua Cochinchina, a donde se han trasladado los poderes centrales vietnamitas —bajo la acción de los terroristas suburbanos de Saigón— y regiones meridionales del antiguo Annam; c) De angustias y desventajas en el Tonkín, donde su objetivo de conservar cierto espacio protector en torno a Hanoi viene estando salpicado de dolorosos contratiempos —nuestros padres los llamaban derrotas— como la acaecida con la retirada de Binh-Hoa. Mas el Tonkin tiene 600 kilómetros de frontera con la China roja, y en manos del Kunchutang, que en la vecina provincia de Yun Nan mantiene al parecer dos ejércitos con cerca de un millón de hombres sobre las armas. Así las «operaciones de seguridad en los Estados asociados» cuestan a Francia un presupuesto militar extraordinario que asciende al 85 por 100 de sus atenciones militares generales —bien que lo sufrague en buena parte el contribuyente americano— y la totalidad de las promociones militares salidas anualmente de Saint-Cyr. No nos extraña, por tanto, que entre declaraciones rutinarias de grandeza y tranquilidad, se haya dicho por el propio Letourneau que Francia está dispuesta a negociar con Ho Chin-Min («aunque no será la que dé el primer paso»), buscando en un arreglo discutido lo que no ha podido conseguir por las armas. Criterio que no es sólo el de las minorías

comunistas —más del 25 por 100 de los electores franceses, no lo olvidemos—, sino el de la SFIO y muchos grupos del centro. Pero un «arreglo discutido» ya sabemos a lo que conduciría: en el mejor de los casos, a un gobierno mixto en el que la fracción más audaz se impondría. El problema es tan magno («si salta el cerrojo de Indochina, se invadirá toda el Asia del Sudeste») que sigue motivando conferencias entre franceses, británicos y americanos, envíos militares de los últimos y arduas polémicas entre los que, como Taft, creen que pese a sus errores los franceses deben ser sostenidos, y los que plantean el trágico dilema «Europa o Indochina», limitando a un solo escenario las posibilidades de defensa occidental.

* * *

Con Indochina arde Malaya. Asesinado Sir Henry Gourtney, su sucesor y el Secretario adjunto de Colonias examinaron un plan de «liquidación» del comunismo. Se nos antoja que poco será lo que los ingleses y sus auxiliares (desde los «gurjas» a los cortacabezas dayacos) no hayan hecho ya en la selva. De todos modos, les queda por intentar la total evacuación humana de la península, comenzando por los elementos más fundadamente sospechosos de revolucionarismo: los chinos, que forman el 44 por 100 de la población. Los españoles recordamos aquellas campañas de prensa en torno a las «atrocidades españolas» imputadas en Cuba a Weyler por su sistema de *reconcentración*, perfeccionado poco después en el Transvaal y Orange; y que ahora en Malaya se llamará «redistribución comunal». Los ingleses empiezan a mirar al Partido Independentista Malayo de Datto Omo como una posible solución, que tras la fórmula de una mayor autonomía, eche sobre los malayos anticomunistas la tarea de dirimir a tiros sus discusiones con los otros. En compensación, el panorama subversivo de Filipinas e Indonesia ha mejorado. Los nubarrones vienen del lado político. En Filipinas cada elección parcial es ganada abrumadoramente por la oposición laurelista (nacionalista) adversaria del pacto de mutua ayuda con los Estados Unidos —aunque una vez en el poder quizá procediera más pausadamente, pues el comercio exterior de las islas depende del mercado americano, y su moneda, de la subsistencia de la *Bell Act* —conservando lo consumado—. En Indonesia, el Gabinete Soepomo entró en crisis, al acabar febrero, preci-

samente por la protesta de algunos ministros contra la al parecer excesiva oficiosidad de su presidente aceptando y ofreciendo verbalmente el sistema de seguridad mutua norteamericano. Es el partido gubernamental *masjumi* el que parece dividido. No olvidemos que Indonesia fué unánimemente admitida en la O. N. U. por sus promesas de abstención en la pugna entre Oriente y Occidente, si bien su política de concesiones se ha inclinado a quitarse de encima el capitalismo limitado holandés, echándose en brazos del gran capitalismo norteamericano. Entretanto, el K. P. I. y los grupos del Darul-Islam y N. I. P. esperan su momento en el país más rico en caucho y estaño de la tierra. Y en la disputa con Holanda sobre Nueva Guinea, Australia apoya a la ex metrópoli.

* * *

El «caso» de Birmania es curioso. Los birmanos, como sus vecinos hindúes, padecen dos complejos: nunca bastante a la izquierda; y nunca bastante contra «las supervivencias del colonialismo». Convaleciente de su devastadora guerra civil y comunal, apenas creado el Estado Karen, se quejan de la amenaza que representa para ellos el ejército nacionalista chino de Ma-Shin-Won; en realidad, los restos de los ejércitos pardos chinos acogidos a la protección de las selvas del Alto Saluén, porque no pudieron evacuarse a Formosa. Y para eliminar esa amenaza, aparte del solemne recurso a la O. N. U. —*pro formula et pro spectatores*— admiten la posibilidad de un acuerdo defensivo con la China roja. Del cual surgiría eventualmente un «droit de poursuite» de trágicas derivaciones. A los birmanos, como a sus vecinos hindúes, se les ha parado el reloj en 1945. Y eso que al Pandit Nehru acaban de darle un fuerte aldabonazo: en las largas elecciones generales del Bahrat, su partido, dividido y todo, ha triunfado. Pero el comunismo, subestimado como contendiente electoral, ha conquistado los más progresivos Estados meridionales: Travancore-Cochin, Mysore, las antiguas «colecturías» meridionales de Madrás, Bombay y Mangalore, sin retroceder en las ciudadelas rojas clásicas de Abmedabad y Yhamshepur. Al Pandit esto le preocupará o no; pero su atención —y sus tropas— siguen pendientes de Cachemira cuando ya operan las primeras bandas rojas en el alto valle del Brahmaputra, rebasada la línea de Mac Mahón.

España y Pakistán han procedido al intercambio de sus primeros embajadores.

* * *

Nadie diría que el Oriente Medio había de ofrecer al concluir el primer trimestre de 1952 un aspecto más tranquilo que tres meses antes. Y aunque todo es relativo, la tranquilidad exterior fué desde luego indiscutible, cualquiera que fuera el ángulo desde el que se la contemplara. Pausa en el Irán, con elecciones que dieron amplia mayoría al Frente Nacional de Mossadeq-Mekki, y con negociaciones entre la Corporación Iraniana de Petróleos y el Banco Internacional de Reconstrucción, para encontrar la fórmula (que ambas partes desean) en orden a la reanudación de las explotaciones petrolíferas. Pausa en Iraq, y negociaciones entre Novj Laid y Sir Brian Roberston sobre la mediación iraqueña en la disputa angloegipcia en orden a la organización defensiva del Oriente Medio. Pausa en Israel, pese a la profunda crisis económica (el Gobierno Ben Gurion ha obtenido cincuenta millones más del contribuyente norteamericano e intenta obtener una suma fabulosa del Gobierno de Bonn, a título de reparaciones por las persecuciones antisemitas entre 1933 y 1945). Calma en Líbano después del cambio de Gobierno, y en Jordania y Seudía.

Lo más sorprendente ha sido el espectáculo que ha ofrecido la situación egipcia. Primero, choques sangrientos en la zona del Canal —algunos de la dureza de la batalla de Ismailía en la que los policías egipcios escribieron una heroica página de sacrificio— seguidos de agitación de las masas y desorientación gubernamental. Luego, las «explosiones» populares de El Cairo, con la caída de Nahas y la subida al poder de Alí Maher, que estableció el orden y adoptó un tono conciliador, propicio a la reanudación de las negociaciones con los ocupantes. Finalmente, ascensión del Hilali, con un doble programa: 1), negociar en lo exterior, acortando distancias mediante el abandono de actitudes extremas; así el escalonamiento en las demandas de sustitución de las guarniciones del Canal, la participación egipcia en el sistema defensivo del Oriente Medio y el respeto a la voluntad de los sudaneses respecto de su futuro; 2), reformas en el interior que disminuyan el volcán potencial sobre el que se asienta la vida egipcia, bien que sus raíces demoeconómicas sean de difícil rectificación.

Más al oeste de Egipto, Libia estrenó su independencia; a las ceremonias sucedieron las elecciones (que dieron la mayoría al *Is-tiqlal* de Muntassar Bey) y más discretamente las negociaciones financieras que hagan visible el desenvolvimiento del arenoso Estado. España ha acreditado a un ministro cerca del rey El Idris.

* * *

El Magreb francés ha sido teatro de una intensa agitación en el primer trimestre de 1952. Su centro de gravedad —nadie lo diría, conociendo los pacíficos hábitos del pueblo tunecino— ha estado en la antigua *Ifrikia*. Su panorama exterior no fué nuevo: huelgas, manifestaciones, choques, deportaciones y represiones a cargo de la Legión Extranjera. Pero su aspecto interno sí que ha sido una novedad muy elocuente. Francia —que hace menos de dos lustros se atrevió a deponer al Bey Moncef— no ha podido lograr del Bey Al Amin la destitución del gobierno Chenik; y ni siquiera la desautorización de los ministros de Justicia y Agricultura que en París han intentado hacer intervenir a la O. N. U. en el atasco de las conversaciones entre ocupantes y protegidos. Bien es verdad que la Asamblea General de la O. N. U., tras de dos dilaciones, cerró sus sesiones sin ocuparse del problema, y que las autoridades galas han negado los pasaportes a los ministros tunecinos para ir a Wáshington. Pero el antiguo bloque arabo-asiático, ahora asiático-africano por la incorporación de Liberia y Etiopía (unos doce votos), ha acordado plantear el problema en el Consejo de Seguridad por medio del Pakistán, su representante en aquel organismo. Aunque los resultados no sean decisivos, el ruido sí que puede desmontar el aparato de los monopolizadores de la democracia para el consumo ajeno. Tampoco ha resultado conforme el plan previsto: la visita de un grupo de delegados hispanoamericanos en la O. N. U. al Marruecos sultaniano. Lo más interesante de ella fueron las palabras de exaltación de los lazos hispano-árabes pronunciadas por Mohamed V. Y lo más lamentable las víctimas de la represión de las manifestaciones populares que quisieron expresar a los visitantes el sentir de los marroquíes, no tan sencillo como se les describía por los guías de la expedición. El «caso marroquí» puede, por conexión con el tunecino, plantearse también en la O. N. U. Pues en París acaba de crearse un «Frente Norteafricano Unido».

Con tanta objetividad como satisfacción debemos mencionar aquí el panorama del Marruecos jalifiano: regreso de las figuras que circunstancialmente se habían expatriado (como Abdeljalak Torres); proclama de S. A. I. a su regreso de su estancia como huésped del Generalísimo en El Pardo, exaltando la colaboración hispano-marroquí; anuncio de mejoras y reformas en el régimen jalifiano, que despertaron agrios comentarios en los círculos colonistas de Lutecia y Rabat.

En realidad, la amistad hispano-árabe no ha hecho sino crecer y perfilarse hacia vastas posibilidades en los últimos tiempos; como se ha visto con el anuncio de la visita del ministro español de Asuntos Exteriores a la capitales árabes; con las declaraciones de Azzam Bachá, y con la favorable acogida oriental a cualquier sistema mediterráneo o a cualquier esfuerzo mediador en el que participase España. El ex embajador Stanton Griffis lo ha dicho escuetamente: «Franco es el mediador normal y natural entre Oriente y Occidente.» Quien no quiera enterarse, no por ello lo evitará.

* * *

La muerte de Jorge VI y la accesión al trono de Isabel II han servido como «recuento de lealtades» y «registro de actitudes» de aquellos componentes del *Commonwealth* de carácter alógeno.

Con gran sorpresa de muchos observadores, el Dr. Malan ha sido de los primeros en promover el juramento de fidelidad a la nueva Soberana común. El jefe antiblanco del gobierno de la Costa de Oro, Dr. Nkrumah, ha adoptado también una actitud de respeto y lealtad que abre optimistas perspectivas a la colaboración entre los británicos y los *populares* costadourienses. Por doquier las ayer Colonias y hoy Dominios o Pre-Dominios han adoptado una postura que corresponde al deseo de seguir participando en un poderoso sistema mundial, pese al difícil momento por el que atraviesa la libra.

Claro que un Imperio tan vasto como el británico no deja de tener problemas cotidianos, ya en Hong Kong, ya en Malta. Acaso el más internacional de todos —aunque no el más erizado o eruptivo— sea el apoyo prestado por Guatemala (y tras ella por la Asociación de Estados Centro Americanos) al separatismo de Belice, que parece no ser tan despreciable como al principio semejava. Aca-

so por eso los británicos aceleran la constitución de la Federación del Caribe, con o sin Guayana, pero desde luego con Belice.

Anotemos también las reformas constitucionales en Sierra Leona, las administrativas en Hong Kong, Singapur y Barlovento, y el comienzo de una política de austeridad en el *tempo* infundido a los planes de fomento colonial, que el Gobierno conservador se ha encontrado en marcha y que no puede paralizar.

Los incidentes angloargentinos en la Antártica no parecen haber revestido mayor importancia que otros precedentes, que en nada cambiaron al *statu quo*.

* * *

En el Lejano Pacífico, Australia y Nueva Zelanda parecen un tanto perplejas respecto de la actitud a adoptar después del Pacto de Seguridad con los Estados Unidos. ¿Les conceden las bases pedidas en el archipiélago de Bismark? ¿Se las niegan? Las dos soluciones ofrecen ventajas y dificultades. Por su parte, los Estados Unidos han acentuado su interés por la Comisión de los Mares del Sur, adhiriendo a sus organismos el fideicomiso que poseen en Micronesia, que en 1946 fué expresamente excluído.

A su vez los Estados Unidos están indecisos respecto del camino a seguir con las Riu-Kiu, que de todos modos siguen en sus manos. Pero (dadas las perspectivas de un veto ruso) quizá sin tener necesidad de desprenderlas de la soberanía nipona. El número de Bosnias-Hercegovinas, Cretas y Puerto-Arturos que todavía pueden fabricarse es infinito.

Saltando del Pacífico al Caribe, nos encontramos con que Puerto Rico ha estrenado una Constitución, democráticamente elaborada (es decir, «popularmente», porque los nacionalistas no han podido opinar) e inspirada en el modelo norteamericano, tan usado como patrón dentro y fuera del hemisferio occidental; separación presidencialista de poderes, elección popular, cuadro de derechos y «bienestar social», intervencionista pero no colectivista.

Indudablemente, esa Constitución —que no define claramente el *status* internacional de la isla, mezcla de Protectorado y de «Estado asociado»— supone un notable avance automático, por el estilo de la Carta Autonómica de 1897 que los españoles otorgaron.

Lástima que sus disposiciones finales supediten todas las conquistas democráticas a la superior decisión de Wáshington. Y lástima también que los artículos constitucionales no sean un «maná» susceptible de aumentar la dieta habitual de los jíbaros, que se reduce en la misma proporción en que su número aumenta.

* * *

Queremos consignar, finalmente, la cordial entrevista entre el ministro español Gallarza y el secretario de Estado liberiano Davis, con motivo de la visita de aquél a Bata, para inaugurar su aeropuerto.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES